

muere con aquel zarandeo por heladas salas de espera, sobre las durísimas banquetas de los coches de tercera clase, con la leche del biberón y un poco de agua azucarada en un trapo, por todo alimento.

Y empiezan los encargos y las recomendaciones para la tía y para la abuela. El niño, brutalmente arrancado del pecho, se agita y chilla; la madre lo abraza por última vez, y llora. Se sabe, sin embargo, que esas lágrimas no son sinceras más que á medias, y que el dinero las secará bien pronto; ese terrible dinero que tan agarrado se halla á las entrañas de la gente del campo. A pesar de todo, la escena es desgarradora y hace pensar dolorosamente en las separaciones de las familias de esclavos.

La nodriza ha cogido sus harapos y los ha liado en un pañuelo.

—¡Cómo! ¿Es ese todo su equipaje de usted?

—¡Oh, señorito de mi alma! somos tan pobres en mi pueblo!... No tenemos más que lo puesto.

Y el hecho es cierto. Ante todo es ne-

cesario vestirla y arreglarla. La cosa estaba prevista. La primera tradición de las nodrizas, como les sucede á los filibusteros cuando salen á robar, es llegar con las manos vacías, sin equipaje que



estorbe; la segunda es procurarse un baúl grande donde guardar la pacotilla. Porque por más que las cuidéis y las miméis, esa salvaje introducida así en vuestra casa, y que tanto desentona al principio ante las cosas elegantes de una

habitación parisiense, con su voz bronca, su dialecto incomprensible, su fuerte olor á cuadra y á hierba; por más que la lavéis, que la enseñéis á hablar, á ser un poco limpia y á peinarse, siempre la nodriza más curiosa y mejor desbastada se mostrará en el momento menos pensado, y por cualquier cosa, la bestia que es. Allí, bajo vuestro techo, en vuestro hogar, sigue siendo la campesina, la enemiga, transportada así desde su triste país, desde su horrible miseria á un medio de lujo. Todo lo que la rodea le da envidia; se lo quisiera llevar todo á su casa, á su agujero, donde viven los hombres y los animales reunidos.

Después de todo, no ha hecho el viaje para otra cosa. Su idea fija es la pacotilla. La pacotilla, palabra sorprendente, que en el vocabulario de las nodrizas toma elasticidades de garganta de serpiente boa.

Su pacotilla la forman los regalos y el salario; lo que se les da, lo que se recoge y se roba, las cosas y el dinero que se piensa en enseñar al regreso ante las miradas envidiosas de los vecinos. Para

engordar y para hinchar esa santa pacotilla, son puestas á contribución vuestro buen corazón y vuestra bolsa. Y no tenéis que habéros las sólo con el ama, sino con el marido, con la madre, con la tía, que son sus cómplices, y allá en el fondo de una ignorada aldea, de la cual no conocéis ni siquiera el nombre, toda una familia, toda una tribu, urden planes astutos, como los de los Pielas Rojas, contra vosotros. Todas las semanas llega una carta, de letra ordinaria y basta, cerrada con un dado, á guisa de sello, sobre un poco de pan moreno mascado.

Al principio aquellas cartas cómicas y cándidas os enternecen, con su complicada ortografía, las galas del estilo, las frases torcidas y retorcidas como la gorra de un tío del campo que quiere no aparecer con aire tímido, y con aquellos sobres que imaginaba Durandeu en sus fantasías militares:

*A la señora, señora Eufrosia Darnet, nodriza en casa del Sr. *** calle de los Vosgos, 18. 3.º distrito, París, Sena, Francia, Europa, etc.*

Paciencia. Esos floreos de campesina sencillez no os enternecerán durante mucho tiempo. Todos van contra vuestro bolsillo, todos respiran el mismo perfume de mezquindad rural y de idílica estafa. *Es para decírtelo, mi querida y digna compañera; pero no hables de ello á nuestros respetados amos y bienhechores, porque tal vez quisieran darte más dinero, y no está bien que abuses tanto...* Y en seguida la noticia circunstanciada de una terrible tempestad que acaba de devastar toda la comarca. La cosecha perdida, los trigos destrozados, los prados perdidos. Cuando llueve, entra el agua en la casa como en mitad del campo, porque las granizadas han agujereado los techos; y el cerdo, un animal tan hermoso que debía de haberse matado por Pascua, se murió de espanto al oír los truenos.

Otras veces es la vaca la que se ha muerto, el mayor de los chiquillos que se ha roto un brazo, las gallinas atacadas de pepita.

Bajo aquel techo, en la misma tierra, hay un inverosímil amontonamiento de

catástrofes parecidas á las plagas de Egipto. Todo eso es grosero, estúpido, tan burdo, que la mentira salta á la vista. Pero no importa; es necesario hacer como que se creen esas invenciones, pa-



gar otra vez y si no, ¡cuidado con el ama! No se quejará, no pedirá nada ¡oh! no por cierto; pero gemirá, lloriqueará por los rincones, cuidando de que se la vea. Y cuando el ama llora, el niño llora, porque los disgustos *revuelven la san-*

gre, y la sangre revuelta agría la leche. Pronto una libranza, y que el ama ría.

Estos grandes golpes semanales no impiden que la nodriza trabaje diariamente en provecho de su pacotilla personal. Camisitas para su chiquillo, pobre desheredado, sólo allí en el pueblo, mandando de la cabra; una falda para ella, un chaquetón para su hombre y el permiso para recoger lo que no sirve, las cosillas que han de ir á la basura. Ese permiso no siempre se pide, porque el ama ha traído de su pueblo ideas muy singulares sobre la propiedad de los buenos parisienses. La misma mujer que en su casa no se atrevería á coger una manzana del huerto de una vecina, saqueará toda vuestra casa tranquilamente y sin escrúpulo de conciencia. Para el zuavo, despojar al árabe ó al colono no es robar; es hacer su pacotilla. ¡Diferencia enorme! De la misma manera para la nodriza robar á su amo es hacer la pacotilla.

En mi casa hace algunos años (porque puedo dar esta conferencia sobre las nodrizas porque hablo por experiencia)

desaparecieron unos cubiertos de plata. Podía sospecharse de varios criados; fué preciso registrar los baúles. Como yo ya tenía mis convicciones sobre la pacotilla, empecé por el baúl del ama. No: jamás el agujero de la urraca ladrona, jamás hueco de árbol donde el cuervo coleccionista amontona el fruto de sus rapiñas, presentó una tan disparatada amalgama de objetos brillantes é inútiles: tapones de botella y tiradores de puerta, broches, pedazos de espejo, carretes sin hilo, clavos, retazos de seda, recortaduras, papeles de chocolate, cromos de almacenes de novedades; y allá en el fondo, debajo de toda la pacotilla, los dos cubiertos, convertidos á su vez en pacotilla.

Hasta el último momento el ama se negó á confesar; protestaba de su inocencia y declaró al fin que había cogido los cubiertos sin mala intención y para que le sirviesen de *calzadores*. Pero, sin embargo, no quiso esperar al día siguiente para marcharse. Temía que se diera parte, que se llamara á los gendarmes. Era de noche y llovía, y la vimos silenciosa,

ceñuda, convertida de repente en una salvaje, desaparecer á paso de bestia bajo la bóveda de la escalera y sin querer siquiera que la ayudasen á bajar el baúl, que arrastraba ella misma, á pesar de lo que pesaba su preciosa pacotilla.

Figuráos lo que puede ser de vuestros hijos entregados á semejantes brutos... Así es que toda vigilancia es poca. Si dejarais hacer al ama lo que quisiera, jamás sacaría al niño á tomar el sol y á respirar el aire embalsamado de los jardines. Odió á París, y preferiría quedarse al amor de la lumbre, con el chiquillo en la falda, la nariz pegada á las cenizas como en su pueblo, durmiendo cuatro horas seguidas con el pesado sueño de la gente del campo.

También cuesta gran trabajo impedir que acueste al niño en su propia cama. ¿Para qué sirve la cuna? Estos señoritos tienen unas exigencias verdaderamente extrañas. ¿No sería mucho mejor tenerlo allí, al lado, y darle el pecho sin despertar ni tener frío cuando llora? Es verdad que á veces, al volverse, se le ahoga; pero esos accidentes son raros.

Y además, que las tradiciones del campo afirman que á un niño de pecho se le puede impunemente atracar de peras agrias y de ciruelas verdes. Surge una inflamación, se acude al médico, y el niño muere.

Otras veces, por una caída, por un golpe no confesado, sobrevienen las convulsiones ó la meningitis... ¡Ah! ¡Cuánto mejor harían nuestras mujeres, siguiendo los consejos de Juan Jacobo y amantando á sus hijos ellas mismas! Cierro que no siempre es fácil, ni lo es para todas, en esta atmósfera de anemia que hay en las grandes ciudades y que hace que haya tantas madres sin leche.

Pero ¿qué pensar de los señores provincianos, que sin necesidad, por puro hábito de indiferencia y de pereza, mandan á sus hijos á criar, durante dos ó tres años, á casa de gentes del campo que no conocen ni de vista? La mayor parte de ellos mueren. Los que sobreviven vuelven hechos unos monstruos que sus padres desconocen, de modales rústicos, hombrecillos de voz bronca que hablan en dialecto bárbaro.

Recuerdo que un día, estando yo en provincias, en el Mediodía, unos amigos me propusieron una excursión al Puente de Gard. Se trataba de un almuerzo campestre, á la orilla del río, á la sombra de las ruinas. Precisamente el *chico* estaba criándose allí, y debíamos verlo al paso. Gran jira: invitan á varios amigos, se alquila un ómnibus y salimos fustigando los caballos, envueltos en polvareda que cegaba y quemaba.

Al cabo de una hora, en lo alto de una loma, vemos á lo lejos una mancha oscura. La mancha se agranda, se acerca. Era la nodriza, que, advertida con anticipación, nos estaba esperando. El ómnibus se detuvo, y nos dieron por la ventanilla el chiquillo, que estaba llorando.

—¡Qué hermoso es!... ¡Cómo se parece á ustedes!...

—¡Vamos; está muy hermoso el chiquillo, ama!

Todos los del ómnibus le besan, se enternecen, vuelven á sacar por la ventanilla al chiquillo, que sigue llorando, y seguimos al galope, dejando al niño y á la nodriza plantados al sol y entre

el ardiente polvo de aquella carretera.

Así es como los chiquillos se crían robustos... diréis.

¡Ya lo creo! Los que resistan, están chos á prueba de bomba.

